de remediar los defectos de la mala moneda de México, y de impedir su falsificación, es el de reducirla a su legítimo valor, rebaxando las quartillas a diez y seisavos, y los tlacos a treinta y dosavo del medio real ó adarme de plata.

Tan obvia y sencilla como es esta filosofía, no ha pasado aún por las cabezas de los gobernantes de las naciones de Europa, ni por la de ningúno de sus economistas, sin exceptuar a los mismos ingleses, que pasan y con razón, por los más profundos de todos ellos. Así es, que habiendo estos acuñado de un golpe en 1787 quinientas toneladas de cobre, en monedas del peso de una onza y de media onza, y habiendose falsificado mucho esta moneda, trataron en 1799, de prevenir este crimen, no por el medio sencillo, que acabamos de descubrir, de reducir la moneda de cobre a su valor mercantil; sino dándole una forma tan esmerada y costosa que supliese por la vileza del metal para hacerla llegar al precio de su valor numístico.

Tres son las causas del enriquecimiento de las naciones ó de que todos sus individuos adquieran la abundancia de todos los bienes necesarios para estar bien alimentados, vestidos, alojados y amueblados. La primera es la tierra, que es la que dá todas las producciones: la segunda es la mano del hombre que la cultiva para sacar de su seno los productos, y la que los elabora para acomodarlos a las necesidades humanas, y la tercera es la moneda con que se compran los productos, que tiene que consumir cada individuo, y sin la cual, por consiguiente, quedan las otras dos, por feraces y abundantes que sean, del todo paralizadas y sin producir. Del cultivo de la tierra ó del fomento de la agricultura, y de los progresos de la industria y trabajo del hombre ó de las artes, oficios y manufacturas, han tratado perfectamente bien los dos economistas más famosos de la Europa, a saber el ingles Smith y el francés Say, pero ninguno de los dos ha filosofado lo bastante sobre la moneda ó sobre el único resorte que puede poner en movimiento la virtud germinativa de la tierra y los brazos de los hombres y sin cuya acción se contiene luego y cesa enteramente de girar la maquina toda de la producción y consumo de los bienes.

Pero entre el creador de la economía política moderna, y entre el perfeccionador de este nuevo ramo del saber, hay la notable diferencia, de que el primero, si no ha analizado profundamente las circunstancias y ventajas que constituyen toda la magia de la moneda, por lo menos no ha establecido ningún error sobre esta materia importantísima; al paso que el segundo, a los antiguos errores de rutina, ha añadido otros que le son peculiares, y que influyen poderosamente sobre los pueblos que pasan por más ilustrados y que dán el tono a los demás, para mantenerlos en los sistemas más errados, falsos, perjudiciales y contrarios a sus verdaderos intereses. Tanto Smith, por no haber penetrado y desenvuelto en toda su claridad la teoría de la moneda, como Say, por haberla errado enteramente, solo han publicado unos tratados truncos é incompletos de economía, cuyas lecciones han sido, son y seran eternamente insuficientes, para sacar de la opresión y la miseria a la inmensa mayoría de los individuos de que se componen las naciones europeas y de todas las que tienen la desgracia de modelarse por la conducta de ellas. Pero el descubrimiento que voy a revelar al mundo sobre la verdadera naturaleza y atribuciones de la moneda, ó del resorte poderoso que a todo le comunica vida, actividad y movimiento, y sin cuya intervención todo se muere y aniquila, influye tan necesaria é rresistiblemente en el enriquecimiento, libertad y civilización general de todos los pueblos de la tierra que a todos los que tuvieren bastante dosis de sentido común para adoptar mi sistema ó por mejor decir, el de la naturaleza, que es el que voy a proponer, les será tan imposible el dexar luego de comenzar a enriquecerse, como le sería imposible al hombre que tomase una ascua ardiendo entre sus manos, el dexar luego de quemarse.

Si para las demostraciones que voy a hacer, solo me valiese del cálculo y del raciocinio, daría lugar a que los genios ignorantes ó suspicaces, arrastrados por el torrente de la preocupación que generalmente reyna a favor de la moneda de plata, sospechasen de su evidencia y la mirasen más bien como un juego del espíritu de cabilación ó de sutileza de ingenio, que como una consequencia de la sana razón. Pero tengo la satisfacción de poder combatir el error común, más bien con las armas de la experiencia, que con las de la razón, siempre expuesta a alucinarse y a alucinar a los otros, y de confirmar quanto dixere sobre la verdadera teoría de la moneda, no con el exemplo de algúna de esas sociedades infantiles de la Europa, donde el fenomeno de la produccion está tan contenido en sus fuentes, que su población solo se duplica cada cinco siglos, en sentir de Smith, sino con la practica constante é inveterada de muchos siglos, observada por la primera, la más antigua y la más civilizada de todas las naciones, qual le es sin disputa, la de la China, la unica del globo en que los manantiales de la producción, corren sin estorbo, y la única que por lo mismo hace muchos siglos, llegó al más alto punto de su agricultura, de su industria, de su comercio y de su población.

Con motivo de los progresos que fué haciendo la industria, dice Smith, tuvieron por conveniente

las naciones comerciantes acuñar en moneda diversos géneros de metales; el oro para los pagamentos de más consideración y quantiosos; la plata para las negociaciones de un valor moderado, y el cobre, ó algún otro metal basta para las de poca consideración. Pero yo digo, que, generalmente hablando, la proposición es falsa, por que la China jamás ha incurrido en el frenesí de amonedar el oro y la plata, aunque tiene acumulada más cantidad de estos metales preciosos, que ningúna otra nación del mundo. En segundo lugar, la moneda de oro y plata para el comercio de por mayor no es necesaria, y para el del por menor es del todo inservible. Una demostración practica de la primera verdad, es la conducta del banco de Hamburgo, uno de los más antiguos y acreditados de la Europa, que desde los principios de su erección jamás se ha valido para sus giros de ningúna especie de moneda de oro, plata ó papel; sino solamente de tejos de oro y barras de plata. Una demostración practica de la segunda verdad, es la conducta universal de todos los pueblos comerciantes, que para las compras de las cosas de pequeño valor han tenido por insuficiente la moneda de plata, y se han visto en la precisión de labrarla para el efecto de cobre y otros metales de precio inferior, como lo confiesa el mismo Smith en el párrafo que acabamos de copiar. En una palabra, del oro y la plata, por ser de su naturaleza una de las más preciosas mercaderías de exportación, solo puede hacerse, a lo más, un moneda volante, una moneda siempre expuesta a desaparecer, y con la qual, por consiguiente, jamás se podrá contar con seguridad para constituir la palanca constante de los cambios, y propia, por lo mismo, para contener muchas veces el curso de la producción de los bienes por falta de despacho. La plata y el oro por su escasez relativa a la suma de la población de cada sociedad y a, la de los objetos comerciables, ó lo que es lo mismo, por no poder multiplicarse a medida que se multiplican los hombres, y a medida que se multiplican los efectos de la industria, jamás dexaran de ser, lo que siempre han sido hasta aquí, es decir, más bien una traba, que una palanca, para la producción consumo, reproducción y multiplicación de las riquezas.

En fín, la plata y el oro, por no poderse dividir en fracciones comodamente manejables, y ajustadas al pequeño valor de las cortas cantidades de bienes necesarias para el consumo diario de cada individuo de la especie humana, tampoco son cambiables por todo genero de objetos, que es en lo que principalmente consiste la esencia de la moneda. Analizemos.

Desde luego es preciso convenir, en que acuñar la plata destinada para salir de nuestros puertos a los paises extrangeros, es una operación insensata y absurda como lo es evidentemente la de gastar tiempo y dinero en darle a una cosa muy valiosa por si misma una forma muy costosa, que la haga valer menos de lo que vale en su estado natural y sin ningúna alteración. Ocuparse en acuñar la plata destinada a darse a los extrangeros en cambio de sus mercancías, es ocuparse en rebaxarle su valor al objeto mas eminentemente comerciable que hay según la actual opinión del mundo. La plata pasta ó en especie, sin más labores que las necesarias para afinarla ó purificarla de toda materia extraña, vale más para los mismos extrangeros en igual cantidad de peso, que la plata acuñada, porque esta está ligada con una cantidad de cobre; por que tiene el sobrecosto de los gastos de hechura que son perdidos para las naciones que solo consideran a la moneda de plata como plata y no como moneda, ó que solo aprecian en ella el valor de la materia y no el de la forma; y en fín, vale menos por los derechos de braceage ó por la utilidad ó ganancia que el gobierno saca de los gastos de la fabrica. La amonedación no ofrece más ventaja al extrangero, que la del certificado ó garantía que le dá el gobierno de que las piezas acuñadas tienen efectivamente el peso y ley que reza su inscripción. Pues bien, esta garantía puede dársele, sin gastar el tiempo y dinero que se pierde en la amonedación. Redúzcanse todas las maniobras de nuestra casa de moneda en este punto a practicar en las barras de plata la operación del apartado ó la separación del oro, a darles todos los grados posibles de afinación, a marcarlas con el cuño del sello nacional, y a gravarles la cantidad del peso que tuvieren y la ley de su ensaye. En este estado, déselas al extrangero, cargándoles los derechos de braceage, y cargándoles también como una cantidad efectiva de plata ú oro la del cobre con que se las habría ligado, en el caso de que se las hubiese reducido a moneda. Esta operación sería igualmente provechosa al extrangero, que a la nación: al extrangero, por que llevaría plata pura sin liga de cobre, y se excusaría de los gastos de fundición y afinación para separarla de este metal de precio inferior; y a la nación, por que si la cantidad de cobre con que se liga la moneda es de una duodecima parte, por exemplo, es evidente que en este caso saldaría con once millones de onzas de plata pura la deuda que ahora paga con doce millones de pesos, es decir, con once millones de onzas de plata ligadas con un millón de onzas de cobre; luego en este caso ahorraría la nación un millón de pesos: más, ganaría netos todos sus derechos de braceáge sin los grandes gastos que ahora invierte en las casas de moneda: más ahorraría toda la cantidad que emplea en las compras del cobre: más ahorraría todos los gastos de fabricación.

Adoptada esta medida, lejos de prohibirse la extracción de la plata pasta debería enteramente

franquearse su salida, sin gravarla con nuevos derechos, para que adquiriese todo su valor como mercancía, é impedir al mismo tiempo por todos los medios posibles la extracción de la plata acuñada, es decir, que se debería hacer lo contrario de lo que se ha practicado y se sigue todavía practicando, con tal perjuicio de la nación que si nos hubiesemos puesto a discurrir de propósito un arbitrio seguro para estar sempiternamente en la miseria entre todas las fuentes de omnímodas riquezas que poseemos, no hubieramos ciertamente atinado con otro más eficaz é infalible para conseguirlo. Demostremoslo de modo que lo perciban hasta el aguador y el carbonero.

De todos los millones de pesos de oro y de plata que se acuñan en cada año, es mucho mayor sin comparación la cantidad de los que salen para afuera, que la que queda entre nosotros. Así es, que aunque somos la nación del mundo que acuña más moneda que todas, somos al mismo tiempo la que más carece de ella respectivamente que otra ningúna, en tales términos, que correspondiendo la moneda que circula en lo interior de la Francia a once pesos por cada habitante, según cálculos de Humboldt, apenas llega entre nosotros a siete pesos por cada persona, según el mismo escritor. Esta escasez de moneda ó circulación de ella en una cantidad infinitamente inferior a la de los bienes comerciables por ella misma, es un hecho tan palpable y notorio, que a cada paso estamos mirando a nuestros hacendados, con caudales de cinquenta y de cien mil pesos en bienes raices y muebles, no solamente carecen del dinero necesario para emprehender en sus tierras todas las mejoras de que son susceptibles, sino hasta del muy preciso para algúnos pagos ó compras de poca monta, viendose obligados, para adquirirlo, a malbaratar sus ganados y semillas. Nada es más corriente que el estarles oyendo decir continuamente a nuestros mineros si yo tuviera dinero, le daría un socabón a mi mina, le abriría una lumbrera por tal parte, pondría tantas labores en corriente, construiría un arte de moler por mayor, etc. Pues bien, mientras esta escasez de moneda siga adelante, nos será tan imposible dejar de ser pobres, a pesar de todas nuestras fuentes de riqueza, como le sería imposible a una india hacer un poco de atole, por más que tuviese la casa rebozando de maíz, si careciese de metate en que molerlo y de cazo ó basija en que cocerlo, y como le sería imposible a un destilador el tener una sola botella de aguardiente, por más que tuviese las bodegas llenas de vino, si careciese de alambique en que destilarlo. Lo que es el metate y el cazo para la atolera, y lo es el alambique para un aguardentista, eso es la moneda para la producción de las riquezas. Por más feraces que sean los campos, no brotan por si solos las cosechas, ni las minas arrojan por sí mismas hacia afuera los metales que abrigan en su seno, ni las manufacturas se hacen por si solas en los talleres de los artesanos. Para que haya riquezas agrícolas, metálicas y fabriles, no basta poseer sus fuentes respectivas; sino que es necesario poner en actividad y movimiento los brazos de los hombres y asalariar ó comprar sus trabajos, y estos trabajos no pueden comprarse ó asalariarse facilmente sin la moneda, que es la palanca que todo lo allana y facilita para la producción, consumó, reproducción y multiplicación de las riquezas.

¿Qual es, pues, en último análisis, la causa de que nosotros seamos y hayamos sido siempre tan pobres é indigentes, teniendo más fuentes de riqueza que ningúna nación del mundo? La razón es, por que siempre hemos carecido y carecemos de la cantidad de moneda necesaria para la producción de las riquezas. ¿Y qual es la causa por que siempre estamos escasos de la cantidad de moneda necesaria, quando es un hecho que nosotros solos acuñamos más cantidad de ella, que todas las naciones juntas? La razón es, por que hemos tenido la insensatez de escoger para la formación de nuestra moneda precisamente los dos metales más preciosos, y por lo mismo, los más apetecidos y codiciados de todas las naciones, que son la plata y el oro, cuya adquisición les ofrece grandes ganancias, y por lo mismo nos los están extrayendo incesantemente, de manera que si llevásemos adelante esta locura, nos sería tan imposible conservar la cantidad de moneda necesaria, como el tener agua en nuestras casas queriendola echar en un arnero.

La moneda de oro y plata, por más que nos obstinemos en considerar en ella la atribución de moneda, ella conserva otra qualidad esencial, preferente y sin comparación mucho más dominante, qual es la de mercancía, y la de una de las más preciosas y codiciadas mercancías. La razón de mercancía y la razón de moneda son entre sí tan opuestas é incompatibles, como lo negro y lo blanco, como la luz y las tinieblas; por que toda mercancía por su naturaleza de tal, está destinada a ser vendida, es decir, a salir de las manos del poseedor y a pasar a las del comprador; por el contrario, la moneda, por su naturaleza de moneda, está destinada a tener una existencia fixa y permanente dentro de la nación que la acuña para que sirva de palanca de los cambios, pues en llegando a faltar ó menguar, faltaría ó menguaría el cambio de las cosas que se hace por ella, así como en una tienda de vinos se paralizaría el espendio de ellos, si faltasen las medidas en que medirlos. Así es, que aunque en una época felíz hubiese entre nosotros tanta moneda de plata quanta se hubiese menester, para que todos los individuos de la nación pudiesen adquirirla por su trabajo y comprar con ella todo genero de productos, esta

ventaja no sería duradera, por estar siempre expuesta a salir de nuestros puertos la moneda de plata, semexante a un pájaro de rápido vuelo, siempre dispuesto a escaparcenos de entre las manos, para no volver jamás a nuestro poder. Acuñar pues, moneda de plata, es acuñar moneda para privarse de ella, es acuñarla para no tenerla, es obrar en sentido contradictorio, es querer conseguir un fín de que tenemos una necesidad diaria y permanente por unos medios pasageros y contingentes, por unos medios que hoy son y mañana nó, que hoy están en nuestra mano, y mañana estarán muchas leguas distantes de nosotros.

El oro y la plata por su escasez relativa a la inmensa suma de los bienes comerciables, y a la inmensa muchedumbre de los individuos de la especie humana, que jamás podrán tener estos metales en la cantidad suficiente para adquirir con ellos todos los bienes necesarios para la vida, lejos de poder servir de palanca, siempre serán un estorbo invencible, un obstaculo insuperable, para la formación distribución, consumo, reproducción y multiplicación de las riquezas. Es un hecho que no todos los individuos de la especie humana tienen la moneda de plata necesaria para adquirir los bienes de absoluta é indispensable necesidad, pues si la tuviesen, estarían medianamente alimentados, medianamente vestidos, medianamente alojados, y tendrían un sobrante con que mantener una muger y procrear en consorcio de ella una prole robusta y numerosa: pero, por desgracia, vemos todo lo contrario. Entre todas las naciones, aún las más opulentas, es muy corto el número de individuos que disfrutan de la abundancia de los bienes que Dios creo para todos: la inmensa mayoría de los que componen las clase media é ínfima de las sociedades, gime en la escasez y la penuria de todo, y es excesivamente crecido el número de los que desfallecen en la mendicidad y la miseria.

Si es un hecho que no todos los hombres tienen la cantidad de moneda de plata necesaria para adquirir todos los bienes, aún los de primera necesidad, también es una verdad incontestable que jamás podrán llegar a tenerla, y esto por seis causas. Primera: por que la cantidad de la plata que sale de las minas, es muy corta con respecto a todos los hombres y a todas las cosas del mundo, creadas para uso y servicio del hombre. Segunda: Por que de la poca que sale de las minas, una gran parte se invierte en vajilla, muebles y utensilios. Tercera: por que la que se destina al cuño, teniendo anexa la qualidad de mercancía, esta siempre pasando de unas a otras naciones y cada una queda frecuentemente privada de toda la cantidad que sale fuera de sus puertos. Quarta: por que la que gira en el comercio interior de cada nación, es substraída de la circulación y atesorada por los avaros y por todos los hombres que tienen más renta de la que pueden consumir, y que por lo mismo, se ven incitados a atesorar, aunque no sean avaros. Quinta: por que mucha parte perece en los naufragios, y en los entierros que hacen de ella los avaros, sin indicar antes de su muerte los parages en que la dexan escondida. Sexta: por que la que circula libremente en el comercio interior y exterior de todas las naciones se va incensantemente a sepultar en una región del Asia, así como todos los rios corren a perderse en la mar, con la diferencia de que esta tarde o temprano les vuelve sus aguas a los rios por medio de la evaporación y la lluvia; pero la plata que llega a entrar en la China, no vuelve jamás a salir de allá, por la manía que reyna entre los chinos de enterrarla así como entre nosotros la de sacarla de las entrañas de la tierra.

Querer que la producción y adquisición de todas las cosas dependa de una sola cosa esencialmente muy escasa y siempre expuesta a escacear más y más a causa de los errores y extravíos de las pasiones humanas, es querer que todo escasee, como ella, es querer que jamás haya abundancia sobre la tierra, es oponer a la progresión de los bienes naturales é industriales unas trabas insuperables a la mano del hombre, es la medida segura é infalible de mantener a los pueblos en un estado de empobrecimiento forzoso y sempiterno. Así es, que esta idea insensata y absurda de acuñar la plata para convertirla en el medio de adquirir todas las cosas, parece que solo ha podido ser inspirada por los demonios. Para que el oro y la plata pudiesen servir de instrumentos para la producción y adquisición de las riquezas, sería preciso, no solamente que estuviesen derramados con más profusión sobre la tierra, de manera que su adquisición siempre estuviera a la merced y voluntad de los hombres, como lo está el fenómeno de la producción de las mismas riquezas, sino, lo que es del todo imposible, que su cantidad pudiera aumentarse en razón directa de la población y la industria, pues no creciendo a la par de una y otra, serán como ya lo he dicho, un estorbo, y no una palanca, para el aumento progresivo de la producción de los bienes, aumento que debe seguir la razón directa de la población y la industria, si se quiere que todos los hombres disfruten la felicidad a que les llama al orden y las intenciones de la sabia naturaleza empeñada en que nade en la abundancia, como la rebosan el gorgojo y el gusano.

Confieso ingenuamente que para mí fué por mucho tiempo un escandalo contra la divina providencia, el que habiendo Dios creado a los hombres expuestos a mil necesidades, la mayor parte de ellos nazcan y mueran, sin haber podido disfrutar de los bienes destinados a saciar estas necesidades. Pero

al fín, me he desengañado de que esta escasez de bienes, y la privación que de ellos esperimentan los humanos, no es obra de la naturaleza, sino de los errores de los hombres. En efecto, la naturaleza no les ha puesto ningunos límites a la producción de los bienes, por que no los tiene la virtud germinativa de la tierra, que por medio de los abonos convenientes puede estarse convirtiendo incensantemente en hombres, plantas y animales, ni tampoco, los tiene el trabajo é industria del hombre cuyos términos son inaveriguables y cuyo número se produce y multiplica, de tal modo, que por cada individuo que fallece, son muchos más los que nacen para reemplazar ventajosamente la actividad de los que mueren. Así es, que en quanto está por parte de la naturaleza, ella ha provisto a todos los hombres de todas las fuentes de abundancia, capaces de hacer nadar en ella no solo a todos los individuos de la generación presente; sino al número indefinidamente mayor de quantos nacieren y poblaren el globo en lo sucesivo. Pero el hombre se ha dado arte y maña de limitarlo todo, haciendo que todo dependa de un medio esencialmente muy corto, muy escaso y limitado, como lo es la moneda de oro y plata. De este modo ha inutilizado los dones del Creador, ha reducido la tierra a la esterilidad y los brazos de los hombres a un estado de inacción y de ociosidad involuntaria. De nada serviría que hubiese en un pueblo toda la cantidad de trigo necesaria para surtir de pan a todos sus habitantes y aún al triple o quadruplo de su población, si los encargados de la fabricación del pan solo construyesen los hornos que apenas bastasen para cocer el necesario para el tercio de los habitantes. De nada serviría que hubiese en un pueblo una fuente de agua muy abundante, si sus moradores se obstinasen en no mantener para recogerla, sino un número muy escaso de vasijas y estas de muy pequeña capacidad, para que todos pudiesen surtirse de ella en abundancia. Es evidente que en uno y otro caso la escasez del pan y del agua no provendría ni de la falta del trigo ni de la cortedad de la fuente, sino de la insensatez de haber adoptado unos medios esencialmente insuficientes para disfrutar del pan y del agua en abundancia. Lo mismo sucede con la escasez de bienes que padecen las sociedades humanas, ella no previene de la escasez de las fuentes naturales, sino de la escasez del medio neciamente adoptado para obtenerlos.

El oro y la plata no solamente son un embarazo para la producción, progresión y distribución de las riquezas, como lo acabo de demostrar, sino que tienen con ellas tan poca conexión y dependencia, que bien puede una nación ser dueña de todas ó casi todas las minas del mundo y recoger más plata y oro que todas, y ser al mismo tiempo la más pobre y miserable de todas por muy reducida que sea su población. Tal es el expectáculo que ha presentado al mundo la España durante los tres siglos que ha poseído las américas, y lo mismo nos ha sucedido a nosotros mientras hemos estado gimiendo baxo la férula de la administración errada y esterminadora de aquellos peninsulares. Ningún hombre come plata, bebe plata ni viste plata. Este metal en tanto es apreciado, en quanto facilita todos los bienes necesarios para la conservación de la vida. Pero ya hemos visto que este mismo metal por su escasez relativa, es más bien una traba que un auxilio, para la formación y adquisición de los bienes. La naturaleza los ha preparado por medio de causas tan infalibles en sus resultados, como esparcidas con profusión por todo el globo que habitamos; pero nosotros hemos paralizado la acción de estos resortes, haciendo depender la abundancia de medios esencialmente muy escasos, insuficientes y arbitrarios.

Como la moneda de oro y plata se ha hecho de primera necesidad para que los hombres adquieran con ella todo lo que han menester, y como esta moneda escasea tanto que no alcanza para todos, de ahí es que todos viven disputándosela continuamente los unos a los otros y forcejean para adquirirla, sin pararse en la calidad de los medios. Así es como la plata se ha vuelto la verdadera manzana de la discordia universal, el resorte emponzoñado que tiene reducidas todas las sociedades a un estado de guerra perpetuo. El día en que se rompa esta palanca infernal, ó por lo menos, el dia en que se la reduzca a lo que debe ser por la naturaleza, es decir, al estado de una moneda puramente auxiliar y secundaria, ese día se verán ociosos casi todos los tribunales.

La experiencia acredita que la moneda de oro y plata se acumula facilmente en un corto número de manos, y donde se forma una acumulación de ella, allí se forma un gérmen del despotismo, como también un germen de servilismo para todos los que rodean al que acumula el dinero, pues todos los que carecen de él, se postran ante el que lo tiene, se le prostituyen y se le prestan a servir de instrumentos para la opresiòn de los demás conciudadanos. Así es como esta maldita palanca destruye incensantemente el equilibrio social, es el manantial más fecundo de la desigualdad de las condiciones, torna la sociedad en una reunión de opresores y oprimidos, de compradores de la libertad y de vendedores de ella, de despotas y de esclavos, y por lo mismo es el obstáculo más insuperable para el establecimiento de un buen sistema republicano.

En fín, si se analizan uno por uno todos los males físicos y morales, que han desolado y corrompido a la especie humana, se encontrará que todos provienen del error capital de haber adoptado unos metales tan escasos como el oro y la plata para formar de ellos la palanca universal de los cambios.

Desengañémonos, si el hombre se ha hecho miserable, si se vé envilecido y degradado hasta los suelos, si se encuentra expuesto diariamente a las privaciones más horribles, es por que él mismo lo ha querido, es por que él mismo se ha puesto para la adquisición de los bienes precisos una traba, en la qual no ha tenido la más ligera intervención la bondadosa y sabia naturaleza. Que el hombre dependa de la tierra que lo sustenta, de la agua que lo refresca, del ayre que lo respira y del sol que lo alumbra, esta dependencia nada tiene de estraño, esta dependencia está en el órden de la naturaleza, esta dependencia es forzosa, no está en su mano sacudirla, ni le sería útil substraerse de ella, pues que directamente influye en su conservación. Pero que el mismo hombre, sin ningúna necesidad, y con notable perjuicio suyo, haya hecho depender su subsistencia y la adquisición de unos bienes que solo son obra de sus manos de una cosa de difícil adquisición de una cosa enteramente extrinseca é inconexa con estos bienes, de una cosa que jamás ha sido ni podrá ser obra de sus manos, de una cosa con cuya posesión jamás podrá contar seguramente de modo de disponer de ella a su arbitrio quando quiera, como lo es la plata, ¿no es el colmo de la insensatez y de la extravagancia? ¿no es el delirio más atroz, más bárbaro y más absurdo, que ha podido apoderarse de su espíritu? ¿Y como es que los pueblos que pasan por los más ilustrados del globo han podido permanecer infatuados de este error por tantos siglos, quando es tan obvio, tan patente y tan de bulto, que por sí mismo está saltando a los ojos, y quando bastaría el cruel azote de la miseria que los hace padecer, para que percibiesen su asoladora y ominosa influencia? ¿Y como es que los hombres más sabios que se han dedicado de profesión a indagar los impedimentos y los medios de la progresión de la riqueza, han podido dexar de descubrir un error de este tamaño, para desimprecionar de él a las naciones ¡que digo! los economistas más celebres parece que han tomado un particular empeño en confirmarlo y perpetuarlo en sus escritos. Sí, los economistas más aplaudidos y famosos han desbarrado tanto sobre este punto cardinal de la vida humana, que no han dudado avanzar que la misma plata si llegase a hacerse muy común, sería luego envilecida y no podría servir ya para la construcción de la moneda. En esto no advierten la contradicción palpable y grosera en que incurren, sosteniendo que las riquezas deben ser muy abundantes, no siendolo el medio con que se producen y adquieren. En tanto hay lugar a los productores de la agricultura y las artes, en quanto que estos encuentran consumos, y en tanto encuentran consumos, en quanto hay quien los compre, y en tanto hay quien los compre, en quanto hay moneda con que comprarlos; luego si la moneda es poco común y no abunda, tampoco abundarán los consumos de las producciones, y por consiguiente, tampoco habrá lugar a la abundancia de éstas, pues nadie siembra mucho de lo que se vende poco, ni en los talleres de los artesanos se multiplican las manufacturas que encuentran poco despacho ó salida. Y así, la medida de la producción es proporcionalmente la medida del medio con que se adquiere una cosa, por más común que sea, jamás es despreciada, quando su adquisición es de primera necesidad, como sucede con el agua, esparcida por toda la superficie de la tierra.

Resulta de todas las reflexiones indicadas, que la moneda de oro y plata, ha surtido un efecto contrario al que los hombres se han propuesto, al acuñarla, que es el de facilitar todas las cosas que han menester; pues una triste y dolorosa experiencia está haciendo ver todos los días, que son incomparablemente y cien millones de veces muchas más las compras que dexan de hacerse diariamente por la falta de moneda, que las que se hacen con ella. Luego la moneda de oro y plata más bien es una antimoneda, que una moneda, más bien el instrumento que impide las compras, que el medio que las facilita; más bien un arbitrio para impedir los consumos, que para multiplicarlos, y por consiguiente, un arbitrio que parece directamente imaginado para entorpecer la circulación y reproducción de los bienes.

Habiendo las naciones europeas y las demás que han tenido la desgracia de modelarse por su exemplo, atinado con el medio indefectible de acotarlo y limitarlo todo, haciendo que todo dependa de un medio muy limitado y reducido, no es extraño que la inmensa mayoría de todos sus habitantes se vean envueltos en todos los horrores de la miseria teniendo fuentes de riqueza capaces de inundarla de bienes, no solamente de los de primera necesidad, sino aún de mucha parte de los de primera comodidad y luxo. Ninguna hay de todas ellas que no tenga sobra de tierras que se pueden cultivar y que no se cultivan, y un sobrante de brazos que pueden trabajar y que no encuentran en que ocuparse. Por eso va todo tan atrasado en Europa que su población no se dobla, sino cada quinientos años, como ya lo notamos más arriba con Smith. No sucede así en el basto y dilatado imperio de la China, donde es desconocido el admirable saber de contener la producción con la moneda de oro y plata, y donde por consiguiente, todos los manantiales de la riqueza fluyen sin estorbos ni embarazos.

La agricultura ha llegado a tal punto entre los chinos, que después de cultivados todos los valles, laderas y colinas, han labrado hasta los cerros más